

Los últimos paganos

Versión dramática de Luis Díaz Viana y Agustín Iglesias
(Basada en la novela del mismo título de Luis Díaz Viana)

24 de marzo del 2017

1. HORA PRIMERA. Velando a Máximo

La acción transcurre en una cripta romana del siglo V. El cadáver de Máximo yace en el suelo. Las máscaras de los antepasados le rodean entre antorchas. Entra Antonio, lleva consigo la coraza y espada de Máximo que coloca junto al cadáver.

Antonio.- Todo lo que alcanza mí mirada, querido Máximo, en esta tierra nuestra de Nivaria puede desaparecer mañana. Me siento testigo último de un mundo en extinción. Tales son las señales. Hoy, a la caída del sol, el cielo parecía tan rojo como la sangre cuando corre de la herida pero cruzado por líneas blancas que brillaban a modo de lanzas amenazantes. Y hasta bien entrada la noche perduró este signo que muchos considerarán un anuncio de grandes o terribles sucesos.

(Se quita una sandalia)

No siento pena por ti. Ni he de llorar por quien supo vivir y morir como creía que debía hacerlo, como le enseñaron sus padres y los padres de sus padres. A mí me corresponde toda la tristeza y compartir la soledad. Cuanto más solo y aislado me voy quedando más amo los mitos y creo en los dioses de nuestra casa. Y más cerca siento a los muertos que nos precedieron en ella.

La gente que vendrá después de ti y de mí a habitar estas paredes o a robar estas columnas y estatuas ya nunca serán como fuiste tú, dueño de tus noches y tus días.

Comprendo y conozco bien tu amor por los pequeños dioses, Máximo, por todos los animales, pues sabías que cuando muere algo o alguien querido, desaparece también una parte importante del mundo. Y el que no llega a comprender eso nunca sabrá cuándo su mundo está de verdad amenazado. Lo pequeño y lo grande están tan ligados que no se les puede separar. No debemos temer a la naturaleza, pues no hay divinidad fuera de ella. Tú me enseñaste que en cada flor y brizna de hierba hay un alma prisionera, que en los animales alienta un soplo sagrado, que el aire sabe de los besos de los

muertos y las nubes han visto desaparecer bajo la arena las tumbas de los héroes que ningún mortal ya recuerda.

(Coge una moneda y la coloca en la boca de Máximo)

Los obispos, como no pueden convencer a los rústicos para que dejen de creer en tales cosas, les dicen en sus sermones que nuestras deidades son demonios y los arrojan a un mundo de temores.

Júpiter sería no el dios que nos enseñó a labrar la tierra, sino un demonio convertido en brujo que abusó sexualmente de sus hijas, Marte un demonio causante de discordias, y Mercurio un astuto muñidor de robos y de fraudes. Grosera forma de tomarse al pie de la letra nuestros maravillosos mitos que tanto enseñan sobre los humanos; grosera forma de que todos los dioses parezcan necios o depravados: demonios que confunden y perjudican a los hombres.

(Coge la máscara de Máximo)

Pagano Máximo, yo te he observado, muchas veces, cuidando a los animales en una expresión de respeto y amor hacia las pequeñas deidades.

Tuve el sueño de que un pájaro revoloteaba entre las paredes de la villa buscando el patio y, de allí, se dirigía hacia los pórticos rojizos del horizonte; esto fue algunas noches antes de tu muerte, Máximo. Pero no supe verlo, no fui capaz de advertirte. Quizá tampoco hubiera servido para nada. El destino está escrito en el cielo y lo que importa es que el final que tengamos esté de acuerdo con la vida que vivimos. Como dijo Séneca, el filósofo: El destino guía a aquel que lo desea, y al que no lo arrastra.

Es triste la noche sin nadie. Difícil guardar el paso si se camina en un mundo que no sabe a dónde va. Siento que vivo poco antes del fin de nuestro tiempo. Y casi no puedo imaginar qué sucederá después. ¿Vendrán los crímenes, el fuego y la devastación?

Es difícil imaginar que aquí se hablarán otras lenguas, que se olvidará el arte de construir y cultivar la tierra. Que arderán los libros, caerán los templos, las ciudades serán reducidas a piedras y las yerbas cubrirán las viejas calzadas.

Aquí están las máscaras de cera de tus familiares que son ya los míos, las que —siguiendo la costumbre— hicimos cuando acababan de morir. Aquí está la tuya. Siempre nos tranquiliza saber que los seres queridos que murieron aún están con nosotros.

He entrado en la cripta con una sola sandalia, descalzo del pie izquierdo, para así pisar y sentir mejor la tierra. Para notar el tacto de los que están ya en el reino de ultratumba.

(Vetula ha irrumpido en la estancia sigilosamente. Antonio la mira)

¿He de quedarme Vetula? Hay un momento en que uno debe decidir si se marcha o permanece. La hora en que hay que elegir entre la vida o la memoria. Pero ¿es que acaso tendrá sentido mi vida fuera de aquí? ¡Nivaria!

2 - HORA SEGUNDA. Vetula prepara a Antonio para el viaje

Vetula trae y lleva diferentes objetos. Coloca estatuillas de arcilla en el suelo. Enciende humo de cáñamo alrededor del cadáver para purificar el espíritu de Máximo. Dibuja absolutamente concentrada extraños signos en el suelo, tras trazar un gran círculo en él.

Antonio.- ¿ Cuándo conociste a Máximo?

Vetula.- Conocí ya a su padre Veriniano cuando las huestes de bárbaros saquearon las villas de todas estas tierras. Él con muy pocos más impidió que arrasaran las fortalezas y poblados de esta parte del río. Era un hombre prudente y valeroso al que ayudamos nosotros...

Antonio.- ¿Vosotros?

Vetula.- Nosotros, los que vivíamos aún en los montes y en ellos rendíamos culto a los viejos dioses de estas tierras.

Antonio.- La guerra que cuentas sucedió hace tiempo. Constantino mandó sus tropas contra estos campos cuando empezaba a gobernar el augusto Honorio. Gentes de fuera invadieron Nivaria.

Vetula.- No sé, ni mucho me importa, hace cuántos años ocurrió, pero sí sé que estamos en la misma época. Porque la Era de la devastación no ha hecho más que comenzar. Y aquello no fue una invasión sino una guerra entre los señores de las villas.

Antonio.- ¿Acaso tú no cuentas los años como nosotros?

Vetula - Hay muchas formas de medir el tiempo. El tiempo existe por el número de soles o de lunas, adoremos a dioses o diosas, seamos sabios o ignorantes.

Antonio.- ¿Piensas, pues, que ninguno es más sabio que otro?

Vetula.- No creo que ningún hombre sea superior a otro hombre.

Antonio.- Tú también eres romana aunque sigas hablando esa extraña lengua.

Vetula. - Hablar es pensar. Muchos romanos creen que los que no hablan bien latín son igual que animales. Pero los humanos hablan de acuerdo con la naturaleza de los lugares que habitan y conocer no es más que preguntar al lenguaje.

No me considero romana aunque viva en el Imperio. Y hablar otras lenguas no significa no pensar, sino pensar de otra manera. Mi madre, como seguramente vuestras abuelas o las abuelas de vuestras abuelas, hablaban en una lengua que vosotros ya ni recordáis. Roma cree que no hay más tiempo que el suyo, más ejército que el suyo, más dioses que los suyos. Ni ninguna otra lengua que sirva para pensar.

Pero Roma es muchas Romas. Sus dioses tienen demasiados nombres y demasiadas caras y ahora mismo alimenta a un enjambre de ejércitos que la tomarán.

Antonio.- ¿Has preguntado a los astros en tu otra lengua por Máximo?

Vetula.- Yo no interrogo al lenguaje sino a los cuerpos y al destino.

Antonio .- Y ¿me dirías mi destino?

Vetula.- ¿Por qué? ¿Necesitas saber tu destino para enfrentarte a él? Yo soy víctima de ese destino. Soy una mujer sabia y por eso me tienen miedo. De cuantas cosas poseen vida y pensamiento las mujeres somos el ser más desgraciado.

Antonio.- Todos lo somos, hombres y mujeres hoy en día. Ya no se está seguro ni en las ciudades ni en los campos. Han pasado los tiempos en que los aristócratas buscaron refugio y paz en los pagos. Ahora los invasores llegan de

distintas partes. No existen apenas refugios ante el peligro. Y Nivaria es de los últimos territorios donde aún no llega la guerra ni el caos imperante.

Vetula.- La venganza es como un círculo. Siempre tiende a cerrarse. Es tarde para que la salvación llegue de ninguna parte, Antonio. Ni siquiera de nosotros mismos. Lo que no es motivo para que no hagamos lo que tenemos que hacer: defender Nivaria mientras quede uno solo de nuestra casa con vida.

Antonio.- Quizá tengas razón Vetula. Cada facción mira únicamente por sus intereses. La Iglesia cristiana por su fe. Los patricios romanos por no perder sus privilegios y sus tierras. Los suevos pretenden crear un reino propio, pero lo despedazan con sus luchas internas. Los godos nada más persiguen guerrear, dominar nuevas posesiones en que explotar a los campesinos, y allí comer y emborracharse. Son aprendices de romanos que nunca llegarán a serlo, pues prefieren la guerra a la paz. Hace tiempo que se enterró la ley.

Vetula.- Todo regresará al principio, como ya anuncié. Los lobos, los que son como ellos, nos llevan ventaja en esta lucha.

Antonio. - Sabremos volver a ser lobos, si es necesario.

Vetula.- Si quieres vivir, no dejes de aprender de su ferocidad. Máximo combatía por Roma y luchaba por su libertad. Era un soldado y un hombre libre que defendía su independencia. Nosotros, los de las montañas, no tenemos ejército ni lo necesitamos. Nunca lo tuvimos. La asamblea de nuestra gente elige en los momentos más difíciles un jefe que nos dirija. Esa es ahora tu responsabilidad. A los jefes les hace la dificultad. No confíes en tus pares Antonio, solamente en los rituales que practicas sin saber, muchas veces, por qué los haces.

Antonio.- Son horas confusas...

Vetula.-Sólo en el rito está el mito, la verdad, la historia...

Antonio bebe la pócima que Vetula le ofrece, mientras ésta entona oraciones en su lengua ancestral y hace rituales de purificación sobre él, en el centro del círculo que ha dibujado.

Vetula .- Para entender, en ocasiones hay que cerrar el libro. Andar hacia dentro del bosque. Dejar el hacha. Perderse en la espesura y oír viejas historias. Que las ramas rocen nuestro rostro. Volver a lo sagrado. Y observar, nada más, cómo tarda la noche en llegar al pagano refugio. Sagrado puede ser un lugar. Sagrada es la unión de hombre, animal y territorio.

Antonio .- Lobos, águilas y hombres crearon un Imperio. Las grandes conquistas sólo nacen de la certeza del delirio. Son el cumplimiento de una visión.

Vetula.- O de una profecía.

Antonio .- Los Concilios cristianos dictaron excomunión contra los cultos dedicados a los dioses, pero los dioses del pasado viven en sus imágenes y en sus fiestas a pesar de las prohibiciones de los obispos. La gente continúa danzando en las Saturnales con pieles de lobos o ciervos en honor de las deidades más antiguas.

Vetula.- Las divinidades de nuestros mayores han tenido que volver a refugiarse en bosques y pagos. Los antiguos dioses han regresado a las cuevas, a la espesura de los montes; han recuperado sus viejas lenguas y empuñado sus herrumbrosas armas esperando que la tormenta pase. La calma tardará en llegar. Siempre permanece en el bosque lo sagrado. En él algún dios nos soñó mientras dormía. Y en él siempre habrá caminos que nos lleven al reencuentro con la memoria de todo.

Debemos encontrar el lugar para cada cosa, el orden que dé sentido a los propios recuerdos.

Antonio.- Y ¿qué deberíamos creer? ¿Que todo lo que ocurre en nuestra vida está escrito ya por el destino y no podremos cambiarlo? ¿O que nuestros actos

y nuestro comportamiento con los dioses decidirán lo que habrá de ser nuestro futuro?

Vetula .- Nuestro futuro viene del pozo de la muerte. Ser hombre o mujer es saber mirar a la muerte, saber que lo invisible y lo visible se abrazan en nuestro mundo.

Antonio.- Yo no sé en qué creer. ¿Qué podremos llevarnos cuando emprendamos el último viaje y crucemos las oscuras aguas del olvido? ¿Lo que hicimos, lo que vivimos, lo que amamos, acaso aquello que fuimos capaces de construir?

3. HORA TERCERA. Tomar los hongos

Vetula extrae cuidadosamente de un saquito varios hongos colocándolos delante de Antonio. Con delicadeza los reparte, ofreciéndole una parte a él. Ella comienza a masticarlos y se los pasa a Antonio que los ingiere despacio, saboreando su sabor.

Antonio.- Si derramar vino y grano en el fuego o poner pan ante las fuentes es pecado. Si el festejar las Calendas es adorar al diablo, o encender velas a los árboles, junto a las piedras y en las encrucijadas, es apartarse de Dios. ¿Dónde encontraremos a Dios? ¿Qué podremos hacer que hicieran nuestros padres y no desagrade a los Obispos?

Vetula.- Triste es, sin duda, vuestro mundo, y lleno de demonios. Roma casi no existe y su nuevo Dios tampoco.

Antonio.- El cambio de Dios nos ha dejado solos en el mundo y rodeados de peligros. Toda celebración resulta pecaminosa. Toda alegría se vuelve contra nosotros. Todo deseo y acto de amor es amenazado. La felicidad está proscrita.

Vetula.- Ni las costumbres con que veneramos a nuestros ancestros son falsa ni su Dios ni vuestros dioses, por ser vuestros, son más verdaderos.

Antonio.- Yo nací y fui educado cristiano, pero junto a Máximo, descubrí que se podía ser pagano y honesto, moderado y ecuánime. Máximo siempre se preocupó de defender a los suyos. En Roma han entrado tropas de bárbaros, quizá todo vestigio del Imperio esté próximo a desaparecer. Pero esto ha ocurrido otras veces y Roma no puede morir. Volverá el orden.

Vetula.- ¿Qué orden? ¿El orden de los cristianos? ¿el de los bárbaros?

Antonio.- Quizá. Son guerreros feroces.

Vetula.- Los lobos serán los únicos que puedan sobrevivir en los tiempos que vendrán. Cuando hayamos abandonado la villa, bajarán de las montañas y volverán a una vida muy parecida a la que tenían antes de que los soldados de Roma llegaran a estas tierras. Recuerda que esos lobos de arriba todavía nos protegen.

Antonio tembloroso empieza a sufrir las primeras alucinaciones.

Antonio.- Veo la imagen en piedra de una serpiente. Veo un santuario de la antigua diosa serpiente; una yegua con cabeza de Gorgona. Veo a sacerdotisas de máscaras horribles con culebras enroscadas en sus brazos.

Veo a Medusa la guardiana del otro mundo.

Veo a Perseo cortar la cabeza de Medusa y su sangre derramarse sobre la arena.

Veo una culebra entrar en nuestra casa y beber de una vasija leche y ceniza. La veo reventada junto a mi cama.

Veo dos enormes serpientes abrazadas en un estanque de oscuras aguas. Veo cómo surgen de él y nos miran los rostros de nuestros antepasados.

Vetula.- No sientas dolor ni miedo.

Antonio.- Una serpiente se alza sobre la otra. No luchan: se funden en un abrazo eterno. Al final, las dos quedan sumergidas en el fondo del estanque.

Vetula.- Es una visión del el reino de los muertos.

Antonio.- Dos serpientes de verdes ojos claros, que con celo se nutren del inocuo veneno de la abeja. Veo a esclavos, libertos y colonos danzando y bebiendo como hermanos bajo azules relámpagos que les iluminan. En medio de ellos hay un hermosísimo ciervo blanco. Una muchacha le pone una brida y lo besa para tranquilizarlo; el resto de las mujeres posan sus manos sobre él con reverencia. Lo tratan como a un dios.

Vetula.- Oye ahora la música del rito prohibido, deja que envuelva el olor de la noche tu piel cansada y el aire acaricie tus tristes pensamientos.

Antonio.- Oigo, sí, los antiguos cánticos secretos, el ritmo sagrado del tambor de la vida golpeando en mis sienes, palpitando en mi carne, agitando mi cuerpo. Mi frágil cuerpo.

Vetula, amorosamente da de beber a Antonio, con mano experimentada, le ayuda a controlar su delirio.

Vetula.- Apura el licor divino que a los hombres torna en in-mortales, al sabio en mezquino, al ignorante en sabio, y a las aves y bestias en seres de sombra con rasgos humanos. Danza con todos ellos hasta que el mundo cambie, hasta que tú y los astros giréis al mismo tiempo en un nuevo universo.

Antonio.- Hombres cubiertos con pieles de ciervos corren hacia las muchachas. Las risas y gritos crecen. Suenan tambores y flautas tocados por jóvenes pastores, hermosas voces cantan.

Vetula se ha puesto a danzar y cantar, Antonio torpemente intenta imitarla.

Vetula.- Tú, a quien tu madre trajo al mundo junto al olivo para que fueses la protectora de las montañas, de los bosques misteriosos y de los ríos sonoros; a ti te invocan las parturientas en medio de sus dolores; tú eres la poderosa matrona de los cruces de caminos, a quien se llama por su luz prestada, Luna.

Antonio.- Las figuras se desdibujan en el verde del paisaje, difícil es distinguir los cuerpos de las sombras. Entreveo un altar de piedra en medio de la pradera, muchachas vestidas de blanco depositan tres cuchillos junto a la comida.

Antonio queda paralizado por la visión, mientras Vetula sigue danzando.

Vetula.- Tú, diosa, llenas de buenos y copiosos frutos las mansiones del campesino. Que seas venerada bajo cualquier advocación que te agrade, protégenos como haces desde antiguo.

Antonio.- ¡Desdichado de mí! ¡Ya no seré sino un animal destinado a verse perseguido! Miedo y vergüenza me acechan.

En el corro de hombres y mujeres que danzan en torno a la hoguera reconozco el rostro de personas ya muertas. Veo las caras iluminadas por el temblor de las antorchas y entre ellas distingo un rostro con tus facciones, Máximo.

Vetula.- Ven con nosotros, Antonio, ven a la danza. No tengas miedo. Ella, la diosa de las selvas, nos protege.

(Canta y danza Vetula)

¡Florecen tus brazos en la noche, diosa! Tus huellas se prolongan en estelas de nieve tras las tempestades, tus ojos iluminan los rincones más tristes donde sólo mora el musgo de los árboles. ¡Brilla en este altar de manos encendidas!

Antonio detiene su torpe danza y con la alegría del iluminado, del que lo ha comprendido todo, exclama.

Antonio.- ¡Un pueblo que olvide tus ritos no será capaz de conocerse ni defender a muerte sus fronteras!

Cae desfallecido y Vetula se dirige hacia él.

Vetula.- Levántate, buen Antonio, atiende a mis palabras y marchemos al lugar que a todos acoge. Ven conmigo. La barca nos espera.

4. HORA CUARTA. El viaje en la barca

Los dos se sitúan en el centro del círculo dejándose trasladar al Averno por el efecto de los hongos. Están de pie en una barca cruzando la laguna Estigia. La tranquilidad parece absoluta. Sólo resuena el viento como si las manos de un niño jugaran con las tejas de una casa antigua.

Vetula.- El bosque permanece.

Antonio.- *Poblado o desnudo, gris o dorado, con nieve o con fuego, pero firme ante las estaciones.*

Vetula.- El bosque es lo sagrado.

Antonio.- Testigo del mundo y de lo que éste fue antes de la muerte.

Vetula.- El bosque es el mundo antes del mundo, el hombre antes del hombre...

Antonio.- De él nacieron todos los cuentos, los dioses humildes, esos que susurran a los hombres el consuelo de la fantasía.

Vetula.- El bosque sabe lo que no sabremos jamás.

Antonio.- En el bosque hay palabras que no dejan de oírse para quien sabe oír.

Vetula.- Hay caminos de calma...

Antonio.- Para los que no buscan ir a ninguna parte.

Vetula.- Crucemos la laguna. Surquemos la oscura superficie.

Antonio.- La embarcación se hunde hasta la empuñadura de los remos como si llevara más pasajeros que nosotros.

Se oyen voces a su alrededor. Surgen las sombras amenazantes de los furiosos enemigos de Máximo y Antonio.

Voz 1.- Los ejércitos de bárbaros no nos harán ningún daño...

Voz 2.- Traerán beneficios...

Voz 3.- Son cristianos al servicio del emperador...

Voz 4.- Podremos venderles grandes cantidades de harina y vino...

Voz 5.- Roma es grande, capaz de acoger a todos...

Voz 6.- Vengan todos los que tengan que venir...

Vetula.- No escuches sus voces. Son ánimas que vagan pesarosas. Quieren tu destrucción. Esperan a que el destino les dote de otros cuerpos.

Voz 1.- ¡Que nos importa quien gobierne, quien mande los ejércitos...!

Voz 2.- Roma será un gran mercado o no será nada...

Voz 3.- La palabra romano equivalía a hombre...

Voz 4.- Que el grano se almacene y el dinero corra...

Voz 5.- Hoy es la palabra cristiano la que equivale a hombre...

Antonio. - ¡Tenebrosa corriente por donde el barco de Caronte conduce a los muertos a través de la noche! ¡Cánticos tristes llegados del ayer que acompañáis el viaje de almas que duermen!

Voz 1.- Los bárbaros son cristianos también ...

Voz 2.- Traen la fe a un mundo cansado...

Voz 3.- Mientras que todavía muchos romanos prosiguen siendo paganos...

Voz 4.- Nuestro mundo necesita renovarse....

Antonio.- ¡Muertos o almas a los que no puedo ver! ¿Soy uno de vosotros? los ojos vacíos, mis cabellos mojados, y las manos cubiertas de barro cruzadas sobre el pecho... ¡No veo, no puedo ver!

Vetula.- En el cielo aprender es ver, en la tierra es acordarse.

Antonio.- ¡Oh, aguas, recordad mi nombre si acaso no regreso, la Aurora tarda en llegar y sé que es largo el viaje en la barca del sueño que dura miles de años!

Vetula .-La sangre que arrojaste en la urna no ha sido suficiente para que Máximo vuelva. Debes hablar con él para que su alma pueda ascender en paz a su última morada. ¿No es cierto?

Antonio asiente en silencio. Prosiguen navegando entre el murmullo de las voces de las tristes y desesperadas ánimas que Vetula intenta silenciar con su letanía.

Vetula.- Ríos, lagunas y lagos, ojos por donde pasa o espera la muerte. Aguas que nos miran desde esa otra vida, atrapada en la oscuridad y el lógamo. Porque bajo ellas siempre hay cuerpos y seres que no vemos. Ríos que vienen de la infancia y de la dicha, de la luz dorada de otros días.

Más allá de los pozos verdes de la memoria. ¡Mira ahora!

5. HORA QUINTA. Las sombras de los enemigos

La fantasmal sombra del soberbio Obispo Anselmo se dirige amenazante y colérico hacia ellos.

Obispo Anselmo.- Vuestras mansiones continúan llenas de estatuas de dioses absurdos ¿Aún pretendéis que es mejor creer en muchos dioses que en el único verdadero?

Antonio se enfrenta con él.

Antonio.- Amar a los dioses pequeños es respetar a todo lo que tiene vida. No una vida única, limosna de un Dios absoluto y tiránico, sino vida diversa.

Vetula danza apoyando el enfrentamiento de Antonio con el obispo al tiempo que blande un largo cuchillo que tan pronto dirige a su cuello como al de un ser imaginario.

Vetula.- ¡Que la vida sea, que los ríos corran, que las nubes huyan y los animales estén en libertad! Conseguiréis que nada quede, que la memoria muera...

Obispo Anselmo.- ¿Y Dios? ¿Y Cristo? Él os ama – y os reclama - aunque no queráis reconocerle.

Antonio.- No puedo amar a un Dios que no conozco. Tampoco puedo querer a un gran Dios desconocido. Creo en las deidades menores que me acompañan desde niño y conversan conmigo.

Obispo Anselmo.- ¡Calla, impío! ¡Sois esclavos de los ídolos y las supersticiones!

Vetula.- No somos esclavos de los dioses sino los dueños de todos ellos.

Obispo Anselmo.- Moriréis a causa de vuestra arrogancia. Pronto estaréis en el infierno con vuestros antepasados. Cristo me asiste. Cristo luchará con nosotros. Él reconocerá a los suyos en la batalla y enviará a sus ángeles del cielo.

Antonio mirando a los cielos tiene una visión que le revitaliza en su combate con Anselmo

Antonio.- Mira, Vetula, es Máximo. Estamos viendo la batalla que mantuvo contra sus enemigos a las puertas de Septimanca.

Vetula.- Sí, ya se dirige sin decir palabra hacia Anselmo, que sostiene una larga lanza entre sus manos recubiertas de anillos. Cruza veloz la primera línea de combate, llega hasta él.

Antonio.- Y ¡Zas! (simula propinar el golpe con su espada)

Le asesta un golpe formidable. El cuerpo del obispo chorrea sangre por el cuello, como el caño de una fuente, se mantiene decapitado sobre la grupa del animal.

Vetula.- (Eufórica). El caballo encabritado gira sobre sí mismo y escapa aterrorizado sin rumbo ni consuelo.

Antonio.- La necesidad nos obligó a ser guerreros. Cesaron las palabras y se alzaron las lanzas.

Vetula.- Y entonces ocurrió lo inimaginable: Un batallón de guerreros espectrales cabalgando por las nubes. ¡Una terrible turba de guerreros negros vuelan sobre nuestras cabezas!

Antonio.- Los cascos de sus monturas se confunden con el estruendo de la tormenta, veo sus mantos de tiniebla palidecer ante los relámpagos. Veo el pavor en los rostros de nuestros enemigos. Huyen intentando cruzar a nado el río.

Vetula.- No os salvará el río de hermosa corriente. ¡Todos pereceréis !

Antonio.- Te vislumbro Máximo entre la confusión, trayendo la cabeza cortada de Anselmo en una de tus manos. Los godos se apartan espantados. Huyen sin rumbo, organización ni leyes. Mercenarios y rehenes perpetuos de su locura.

Vetula exhibe una cabeza cortada chorreando sangre que amenaza arrojar entre los asistentes y deja finalmente a los pies de Antonio.

Vetula.- Un rayo cae en las olmas plantadas junto a la calzada. ¡Os vencimos, malditos!

Antonio .- Tú silueta, Máximo, se recorta sobre las murallas como un invencible jinete del crepúsculo.

6. HORA SEXTA. En la orilla

Han llegado a la orilla. Están ante un paisaje de destrucción y guerra, donde gritos y lamentos se entremezclan.

Antonio.- Recorro las villas abandonadas de los alrededores. En los caminos encuentro a romanos asesinados, tirados en los bordes de las calzadas. En los cerros descubro a bárbaros colgando de los árboles como frutos amargos a los que grupos aún organizados de las villas han ajusticiado antes de partir.

Una turba de hombres y mujeres enfurecidos persiguen a un jovenzuelo por ladrón: le arrancan la ropa, le dan patadas, lo arrastran hasta una columna donde, tras atarlo, le cortan las manos.

Vetula.- Los niños juegan con ellas como si se tratara de las manitas de muñecos de cera.

Antonio.- Fuegos aquí y allá. Familias enteras que huyen en carros tirados por bueyes. Nadie quiere hablar conmigo. Nadie mira hacia atrás. Niños desarrapados roban la bolsa de los cadáveres de los soldados arrojados en las laderas de los ríos. Cuervos y buitres se dan un gran festín en esta inmensa mesa de todos los desastres.

Vetula.- La locura y el terror se han adueñado de la tierra.

Antonio.- Entro en las villas Sus ricas cámaras han sido saqueadas. En sus esplendidas termas flotan cadáveres de criados.

Llego a la villa de Marco, el falso amigo que - aun siendo tu pariente -, te traicionará. Los criados que quedan se llevan ánforas cargadas de monedas y comida en grandes sacos.

Vetula.- Todos huyen con la mayor rapidez. ¡A ellos!

Antonio.- Atravieso una de las puertas flanqueadas por columnas de mármol blanco.

(Coge un objeto del suelo)

Tirado sobre el gran mosaico de la entrada hay un cubilete de dados con la inscripción: Beber, jugar, reír. Vivir es esto.

(Ríe él mismo como un loco)

Vetula.- Una mancha roja reciente... ¡Y allí yace Máximo!

Antonio.- En la habitación más pequeña de triclinios te encuentro al fin. El dolor se apodera de mí. Llego tarde. Estás tumbado en el suelo, y la sangre corre por tus heridas.

Vetula lanza un grito sollozando.

Vetula.- ¡Llévale a morir a Nivaria.!

Antonio.- Roma ya no es Roma. Roma muere y ríe mientras una tormenta se arremolina frente a sus murallas. En los palacios de los poderosos aún se amontonan libros, estatuas y objetos.

Vetula.- No combatas porque otros te lo manden. Que nadie te diga quiénes son tus enemigos.

Antonio.- Llegan por mar, como gigantescas aves blancas, las velas de las trirremes bárbaras ya se acercan al puerto de Ostia. Genserico, dueño de la provincia de África, se arroja con sus barcos sobre Roma.

Vetula.- A tus verdaderos rivales los reconocerás cuando les veas acercarse a despojarte de tus bienes y a hacer daño a los tuyos.

Antonio.- El Papa pacta que los bárbaros entren a saquear la ciudad, a cambio de que no haya muertos, ni quemem casas, ni torturen. Acordado esto, el Papa da la bienvenida a sus “hermanos en Cristo” venidos de allende el mar.

Vetula.- Cuando no se sabe gobernar en paz, la guerra es la disculpa para todos los males.

Antonio.- El saqueo de Roma es una orgía de asesinatos y violencia. Los barcos de los vándalos terminan tan repletos de oro y plata, de columnas y esculturas, que muchos se hunden en el mar por el excesivo peso. La población empobrecida se lleva todo lo que puede de los palacios abandonados.

Vetula.- Solo podemos volver a casa y defender la tierra en que hemos nacido.

Antonio está aterrorizado, le flaquean las fuerzas. Vetula con una rama le azota rítmica, pausada, amorosamente, limpiando su cuerpo de los fantasmas de las pesadillas del pasado.

Vetula.- Todo eso pasó hace ya tiempo. Tu casa será arrasada sólo después de que tú mueras. Nadie usurpará tu cama, nadie regará tus tierras, nadie alimentará a tus animales. Como un rayo sobre una higuera. Como tempestades de nieve en el llano. Esta villa quedará cubierta por el viento y la arena.

Como las riberas de un río que crece todo desaparecerá bajo el agua, sin que apenas quede rastro. Todo lo que hemos conocido, villas, ciudades, el esplendor de Roma, se hundirá ante la riada de ejércitos y ambiciones. Nada quedará si no sabemos defenderlo.

Reponiéndose

Antonio.- Tú, Máximo, fuiste mi única familia.

Al regreso de las muchas guerras en que tomamos parte, reconstruimos este mundo. Aprendí a sembrar el trigo, a plantar árboles frutales, a varear olivos, a desquejar viñas. A remover la tierra, con los bueyes más vigorosos, para que sus entrañas abiertas al aire fueran fecundadas por el sol del estío.

Hay que tocar la tierra con las propias manos, abrazar los árboles para sentir su vitalidad y que ellos reciban la nuestra. Hablar a los animales para que se sientan tranquilos.

7. HORA SÉPTIMA. El encuentro con Máximo

Vetula corre hacia el cadáver de Máximo y arranca su máscara. Ceremoniosamente vuelve al círculo y se la coloca sobre su rostro transformándose en el espíritu de Máximo, hablando por él.

Máximo.- El conquistador destruye lo que conquista.

El conquistador teme conocer un mundo anterior a él, teme reconocerse en él.

El conquistador teme descubrir que los enemigos son tan humanos como él mismo.

El conquistador quiere a los conquistados bajo el olvido. Que no quede de ellos vestigio ni memoria.

El conquistador vive sobre las ruinas, quiere que la destrucción sea completa.

Teme la huella de lo humano, el eco de las voces.

Antonio.- Y teme el brillo de las estrellas, aunque su luz se extinguiera hace milenios. Teme la palabra de los contadores de historias, el eco de los vagabundos, los mendigos, los derrotados en todas las guerras.

Porque Roma ha actuado a veces así, ¿verdad, Máximo? Quiso borrar el recuerdo de los etruscos, arrasó Cartago, destruyó las ciudades de los antiguos pobladores y edificó ciudades encima de las piedras derruidas.

Máximo.- Pero también nos convertimos en ellos. Roma son los etruscos, Cartago, otras tribus. Nuestros dioses, Antonio, son también sus dioses.

Antonio.- ¿Los dioses nunca mueren?

Máximo.- Mientras no mueran los hombres.

Antonio.- ¿Se acuerdan los dioses de nosotros?

Máximo.- Nosotros, en ocasiones, nos acordamos de ellos.

Antonio.- ¿Los dioses existen?

Máximo.- Cuando te adentras en un bosque de altos árboles, cuyas ramas entrelazadas apenas dejan ver el cielo, junto a una sensación de temor ante las densas e impenetrables sombras, se despierta la creencia en un dios.

Antonio.- ¿Por qué los bárbaros destruyen con tanta saña las estatuas de nuestros dioses y sus templos?

Máximo.- Porque no luchan contra un dios, sino contra un mundo. Es nuestro mundo lo que quieren arrasar, como nosotros pretendimos arrasar Cartago. He visto el recuerdo de sus tropelías en nuestras ciudades, las huellas del hacha o el martillo en las bellas esculturas de Venus y Apolo.

No cayeron las estatuas por la batalla sino por mutilar lo bello. Su saña es rabia. Destruyen la perfección que se les negó, el cielo del que fueron arrojados.

Antonio.- Un cielo que ya existía aquí, en este extenso horizonte de Nivaria.

Máximo.- Estoy en paz, al fin, con mis dioses paganos, los únicos que pueblan la tierra y el cielo o pueden aún hablarme de mis padres. Los dioses antiguos a los que ellos rezaban casi sin saberlo.

Estoy en paz conmigo, que es mucho más de lo que nunca hubiera imaginado. Ya no necesito nada, porque apenas confío, porque apenas espero.

Vetula se va retirando hacia las sombras y ya sólo resuena la voz de Máximo.

Máximo.- Adiós Antonio. El poema es inútil y el amor siempre triste. Mi historia termina ya.

Antonio.- Yo iré contigo, amigo.

Máximo.- Debo ir solo. Ocurra lo que ocurra es mi destino, no el tuyo. El amor llega y se va. Únicamente la amistad permanece. Todas las cosas por las que

luchamos adquieren su significado ahora que todo está a punto de desaparecer.

Antonio.- La amistad es lo más necesario de la vida. Sin amistad no vale la pena vivir, aunque se posean todos los bienes. Pero ¿por qué hemos siempre de partir y dejar atrás lo que amamos?

Máximo.- Siempre se parte para volver. Hay que marcharse lejos para así ver la justa dimensión de las cosas.

Pero ya no temas por mí. Sea el que sea encuentra tu propio destino. Poco me queda que perder. Cuida de Nivaria.

La sombra de Máximo desaparece y Vetula yace desmayada .

Despedida

Antonio quita la máscara del rostro de Vetula y la deposita sobre el cadáver del amigo, se despide con un beso en su frente. Vetula continúa desvanecida.

Antonio.- ¿Qué habremos de dejar?. Unos libros y herrumbre sobre las horas muertas.

¿Qué habremos de perder?. Los lirios y las dalias de aquel tiempo gozoso... Honrar la memoria de Máximo es recordar un tiempo y un mundo condenado a desaparecer. Lo hago sabiendo que los bárbaros llegan a nuestras puertas.

Se va colocando la armadura y espada de Máximo

Nos rodean las hordas de guerreros y bandidos. No hay ley. No hay ejército. Sólo la precaria seguridad que cada propietario pueda procurarse con pequeñas tropas de criados.

No hay orden posible. Únicamente gente que va y que viene.

Veo ya al amanecer bordeando la enorme llanura, el humo de las hogueras y movimientos de ejércitos por los cuatro puntos cardinales.

La hora séptima está a punto de vencer...

Sale Antonio decidido con su espada, sin que sepamos si sólo pretende romper el cerco o permanecer luchando en defensa de Nivaria.